



Regreso de Julio Barrenechea

DURANTE dos y medio meses de estadía en tierra colombiana, Julio Barrenechea recogió laureles a montones. Alguien ha comparado su visita, al imponerse de algunos detalles de ella, a la del Mariscal Montgomery a Chile. ¿Hipérbola o delirio? Ni la una ni la otra. Pues no cabe relación entre ambos personajes. Uno, el vencedor de Rommel, tiene estatura universal y será recibido doquiera vaya, como quien es: cual el mayor héroe individual de la Segunda Gran Guerra y uno de los mayores símbolos humanos de la democracia mundial en su hora, contra el eje totalitario. El otro, nuestro Julio Barrenechea, acaba de completar, con su fulgurante visita a Colombia, aquello en que estaban especialmente interesados Chile y Cielo Varig, su excelente Embajador ante el Palacio de San Carlos: recalcar una amistad en mala hora enfriada por la sangre de un mártir y el torpe sacrificio de un chileno eminente.



El propio Barrenechea, protagonista y víctima de aquel mal paso de nuestra Cancillería en días ya muy lejanos, se encargó por sí mismo, a fuerza de talento y de calor humano, de restablecer la vieja amistad establecida en tiempos de Santander y de Monquera, los de la Gran Colombia y la Nueva Granada. Esa amistad que un poeta chileno de otro tiempo, el José Antonio Solís de las elegías estruendosas del poema "Las dos hermanas" aquellas del "Río, Río...", que Germán Pérez Freire transformó en canción popular, llevara a alto grado en tiempos de los Estados Unidos de Colombia y del gran Presidente Rafael Núñez. La amistad que llegara a ser tan sólida con la actual República de Colombia, quinto nombre del Estado colombiano desde que lo administra el propio Libertador, en los días de los Presidentes Reyes, Restrepo y el apogeo humanista Marco Fidel Suárez, cuando misiones militares chilenas, al mando de jefes inolvidables, como el General Francisco Javier Díaz y el General Ahumada, organizaron al Ejército colombiano, dándole un carácter técnico y nacional.

Esa misma amistad, que otro gran poeta chileno —el incomparable Pedro Prado— colocara aún más alto en el corazón colombiano, floreció en los días en que se dieron la mano los grandes, específicamente democráticos de Aguirre Cerda y Eduardo Santos, de Juan Antonio

Acuña y el prestigio chileno en el norte de nuestro continente austral. La coincidencia, en uno y otro país, de regímenes poco o nada populares, determinó, en marzo del 52, que el viejo vínculo se reafirmara. La alitiva renuncia del Embajador Barrenechea a un gobierno que había olvidado la mejor tradición internacional de Chile, produjo consternación en la Colombia de entonces. El asesinato del guerrillero colombiano —por mártir nacional— Raúl Fajardo Ruiz, terminó de desdibujar el rostro de Chile ante una opinión pública que muy poco después, y durante cuatro interminables años, no pudo gritar su protesta ante el asesinato en frío de uno de los suyos y el compulsivo boicoteo del Embajador que había jugado cuanto tenía —pasaport, carrera, hasta seguridad personal— en la defensa del asilado que fujosamente protegiera el tricolor chileno.

Pero el pueblo colombiano recuperó su libertad, y la inteligencia y la dignidad civil del país, su pleno ejercicio. No tardó en llegar la reparación, o, como la llamaron en Colombia, el desagravio al gallardo Embajador que con tal altura había interpretado, a la vez, los sentimientos más profundos y comunes a Chile y a Colombia: el amor a la libertad, el respeto a la vida humana, la inviolabilidad del asilo.

Ella explicaría, claramente, esta invitación, tan honrosa, formulada a Barrenechea por el gran diario "El Tiempo", las mayores Universidades y los más altos espíritus de Colombia. Pero no podía anticipar, sin conociendo el halo mágico que alia rodea el nombre de Barrenechea, el monto y la magnitud de los homenajes a él tributados en este viaje. Presumible era, sí, que "El Tiempo" y "La República", de Bogotá, que "El Relator", de Cali, que el "Diario de Colombia", de Medellín, que "El Tiempo", de Manizales, que "El Universal", de Barranquilla, acogieran y seguirían a Barrenechea en Colombia en forma cariñosa y admirativa. Lo que no era posible imaginar, si, fue el vendaval de entusiasmo periodístico, político, intelectual, o genuinamente popular, que despertaría en la tierra de Sanín Cano la presencia de un chileno mayorado como este gran poeta, orador y político nuestro.

Nadie podía predecir que "El Tiempo" dedicara la primera página de su Suplemento Literario del domingo 10 de septiembre a "Julio Barrenechea". Y que en ella, bajo un retrato del poeta chileno y entre cuatro populares poemas —de su libro "Vida del Poeta" (aparecido en

1952)—, poeta, crítico, ensayista y periodista, igualmente notable, el artículo que intituló "Barrenechea: Un gran poeta". Dijo allí el autor del bellísimo soneto "La Catedral de Colombia": "nos hace vivir poéticamente por la virtud de sus versos; y ésta debería ser, según parece, la misión del poeta ante los hombres comunes. El es uno de los más afortunados maestros de la poesía que haya dado nuestro continente".

Julio no alcanzó, así, a salir de Bogotá. Talos fueron los vitores y manifestaciones. Sus tres conferencias —"Colombia recordada", "Los problemas del arte y el ciudadano" y "Somos 160 millones"— levantaron tempestades de aplausos. Sus recitales y discursos también. Sólo pudo escapar a Cali, a Medellín, a Manizales, a su Popayán amado. Mas no llegar hasta donde le esperaran, —Barranquilla, Cartagena de Indias, Bucaramanga— con ansia y pasión. Pero sí, a ser despedido en el "Tequendama" (uno de los mayores y más bellos botchos del Hemisferio), por una manifestación sin segunda: la que le ofrecieron, ante quinientos asistentes escogidos entre lo más granado de la cultura, la política y la sociedad colombianas, dos altos jefes de los dos partidos fundamentales del país: el eminente economista liberal, Carlos Lleras Restrepo, y el no menos ilustre prohombre conservador Augusto Ramírez Moreno. El discurso de Barrenechea, de un lirismo ardiente y profundo, desarrolló conceptos políticos de orden internacional e interpretación de la hora presente, que dejaron huella en Colombia, como la dejaría en Chile, cuando sean suficientemente conocidos.

El éxito casi mágico de su paso por Colombia se repitió, en sólo diez días, en Ecuador, en Quito. La Casa de la Cultura Ecuatoriana, institución cultural de gran categoría americana, invitó a Julio Barrenechea, le escuchó con apasionado interés, le tributó ovaciones que quedaron vibrando en el aire delgado de San Francisco de Quito.

Barrenechea tendrá que volver a Colombia y a Ecuador. Y detenerse en el Perú. Queda lo hizo en Bolivia, en Panamá, en Costa Rica, en México, en Uruguay, en Argentina, en el Brasil. Que a toda América Latina lleve su palabra, su verso, su dedicación espiritual, su fuerza y ese taumatúrgico chilendón. Este viaje suyo nos ha demostrado a todos, incluso a él mismo, que Chile sigue viviendo en una de sus peculiaridades más significativas: la de producir hombres de alicorno y emoción continentales; como este gran poeta chileno, o mujeres de radio

Regreso de Julio Barrenechea [artículo] Manuel Eduardo Hübner.

Libros y documentos

AUTORÍA

Hübner, Manuel Eduardo 1905-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1957

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Regreso de Julio Barrenechea [artículo] Manuel Eduardo Hübner.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile